

en América, para conquistar sus riquezas naturales, para desventrar los cerros que ocultan sus tesoros, para limpiar las vastas estepas vírgenes. Faltan hombres. Pero hay una zona de América, un rincón, en el que los hombres necesarios están matándose, ante la indiferencia de los vecinos, ¿A quién beneficiará esta guerra bárbara? He ahí el problema.

El protocolo estéril de las cancillerías, no ha sido capaz sino de lo único que carece de eficacia: la redacción de notas. La Liga de las Naciones ha empleado largas sesiones en discutir lo baladí. Los ejércitos continuaban aniquilándose. 1935 comienza con el mismo cuajarón de sangre adherido a sus cifras. Inicia su andar pausado por entre cadáveres insepultos, por entre fragmentos de cuerpos destrozados. El grito de los vencedores, en las alternativas de las batallas, no alcanza a apagar ese otro grito más hondo y desgarrante que brota de las entrañas de las mujeres condenadas a la muerte en vida, y el de los niños famélicos.

En las salas decoradas de Ginebra, los hombres protocolares sentados en círculo, discuten pacífica y cómodamente. A miles de kilómetros mueren por lo que ignoran, por lo que acaso no comprendan, miles de hombres jóvenes... En las cancillerías americanas, se discute del mismo modo que en Ginebra. Paz... Paz... Palabra sin sentido, en América, mientras no se ponga término efectivo a ese bárbaro conflicto.

La revista "Nosotros"

Este drama se repite cada cierto tiempo en los países americanos. Un drama sin más actores que el de unos cuantos espíritus ansiosos de detener la cruenta voluntad del tiempo sin grandeza. A veces el drama pasa inadvertido. Comienza casi en el momento de iniciarse la obra. Otras, dura algunos actos que son años bien vividos y sacrificados al ideal. Nunca el drama como ahora había alcanzado veintiocho actos. Veintiocho años, digamos de una vez. La revista «Nosotros», que fué la expresión más genuina del pensamiento argentino, que soportó todos los embates en el más tormen-

tosos de los tiempos sociales y políticos del siglo, acaba de lanzar su último número. Cierra «Nosotros» una fecunda etapa. Rinde, no por voluntad propia, sino por la fuerza de los acontecimientos, superiores a la voluntad del núcleo de entusiastas escritores que la mantuvo viva, su existencia de gran revista americana.

Hemos dado vuelta en nuestras manos el volumen doble que lleva en un ángulo de la tapa la cifra sugestiva N.º 299-300. Año XXVIII. Comprendemos que es como decir adiós a una etapa entera de la vida intelectual argentina. En las páginas de «Nosotros» colaboraron desde todas las tierras de América, pero especialmente colaboró el pensamiento argentino. Sus páginas revisaron, sin sujeción a doctrinas o escuelas, todas las corrientes intelectuales de más de un cuarto de siglo. Parecía destinada a sobrevivir a los mismos que la habían fundado. Quizá a la generación que le había sostenido sin debilidades, soportando los sacrificios que son inherentes al mantenimiento de una publicación eminentemente intelectual. Pero no se avanza con tal responsabilidad en estas regiones, sin contraer compromisos de difícil cumplimiento. «Nosotros», para continuar en su gallarda tarea, debía afrontar las urgencias económicas. Un llamado hicieron sus directores, suspendiendo momentáneamente la publicación, a partir del N.º 298. Respondieron todos los escritores de la vecina república. Pero eso no bastaba. Ellos carecían de la fuerza necesaria para no dejar morir la revista. El público culto, para el cual sin duda en los tiempos menos urgidos de la revista, constituía ésta un timbre de orgullo, si algún extranjero interrogaba acerca de las publicaciones argentinas de calidad, guardó silencio. No acudió al llamado urgente. Y la dirección decidió, entonces, lanzar su último volumen como un auto de fe, de singular importancia para la historia de las letras argentinas.

Decimos de alta importancia, porque «Nosotros»—según lo expresa la nota editorial de la que copiamos este párrafo—«supo responder dignamente al llamado de la opinión argentina, creando en torno suyo un rico y fecundo movimiento intelectual, y dando nom-

bre—por el consenso de muchos críticos ilustrados—a una generación y a una época de nuestra cultura, cuyo valor y cuyos frutos, mejor que los contemporáneos, juzgará el porvenir. Son trescientos números, son 81 tomos, son decenas de miles de páginas que han circulado en casi medio millón de ejemplares. Páginas de distinto valor, expresión de la cultura argentina en sus manifestaciones más nobles y destacadas; por tanto, desiguales como ella y con sus naturales imperfecciones. En ellas se leen las inquietudes, las esperanzas, los anhelos, de este cuarto de siglo bárbaramente sacudido, removido, y quebrado por la guerra y la revolución; es de creer que estas palabras, que hoy a algunos pueden parecer muertas, despertarán ecos de simpatía en la inteligencia y en el corazón de los lectores e investigadores».

Exacto. Y por serlo, es aún más lamentable la desaparición de «Nosotros», que fué alta tribuna del pensamiento y de la intelectualidad argentinos.